

III

Durante esta conversacion, el baile habia reemplazado al concierto, con gran alegría de las jóvenes, de las señoras y de las personas á las que su edad debia ya de relegar á segundo lugar, si sus piés rebeldes al reposo, su amor propio y su imaginacion siempre jóven, no las incitase á danzar.

Bien pronto, á pesar de la buena voluntad de los danzantes, faltaron parejas para formar las cuadrillas, y tuvieron que buscarlas en las habitaciones á donde se habian retirado, unos para conversar, y otros para jugar al Whist. Luisa Leroy y su hermana Alicia, eran ambas demasiado encantadoras, para que dejasen de rogarles que abandonasen su retiro. La señora de Leroy resistió, sin embargo, á todos los ruegos; dijo que se hallaba fatigada y que se habia apoderado de ella una gran jaqueca. Pero, para conseguir que respetasen su reposo, se vió obligada á sacrificar á su hermana y á confiarla á un elocuente

danzarin que la arrastró lejos de sí. La jóven se alejó tristemente; parecia que la conducian al suplicio más bien que formar parte en el baile de una cuadrilla. En el momento de abandonar el pequeño salon, echó una mirada sobre su cuñado, quién, á pesar de la presencia de Luisa, sentado á su lado, estaba receloso, callado, agobiado.

Esta postracion, en la cual parecia estar sumido Jorge, no podia pasar desapercibida para su mujer, y por esta razon, fué por lo que rehusó tomar una parte activa en el baile del señor X... y unirse á las demás bailarinas. Hacia ya algunos dias que la señora Leroy habia notado un cambio completo en el carácter y en la manera de conducirse de su marido. Generalmente, le llevaba cuando regresaba de su trabajo, si no una alegría loca, al ménos excelente humor, la sonrisa en los lábios y amor en el corazon. Trataba de hacerla olvidar las horas que habia pasado lejos de ella y de recompensarla por su ausencia. En pocos instantes se comunicaban todo cuanto les habia sucedido en el dia. El, la contaba las anécdotas del escritorio, las noticias de la bolsa y los mil sucesos de que se compone la existencia. Ella, le hablaba por su parte de las visitas devueltas, de las visitas recibidas, del traje en proyecto, de la invitacion recibida, y sobre todo, de sus hijas; dos niñas, una morena y otra rubia, cuya vista encantaba, y á propósito de las cuales formaban mil proyectos para

el porvenir. Las veladas trascurrian sin variacion con estas conversaciones agradables, con las que el espíritu descansa de los trabajos del día, á la vez que el corazon se expansiona.

Pero bruscamente, sin transicion de la mañana á la noche, Jorge se habia metamorfoseado, mostrándose tan reservado, tan taciturno, como comunicativo y afectuoso habia sido desde el día de su matrimonio.

No solamente dejó de hablar, sino que ni aun contestaba á las preguntas de Luisa; sumergido en sus reflexiones, parecia no oirla, y si por un esfuerzo de voluntad tomaba parte repentinamente en la conversacion, se comprendia que no la habia escuchado hasta entonces, y contestaba distraidamente y en completo desacuerdo. Sus costumbres sufrieron el mismo cambio; salia temprano, mucho antes de la hora en que solia dirigirse á sus oficinas, volvia únicamente para comer, y pasaba las noches lejos de casa.

Admirada primero, inquieta y atormentada despues, Luisa le interrogó; él le aseguró que se engañaba; que nunca habia sido más jovial, y que entonces estaba tan satisfecho como en otros tiempos. Para dar más fuerza á tales razones, achacó su abatimiento á que se hallaba á fines de mes, tenia las liquidaciones empezadas, y á la ausencia de uno de sus compañeros, todo lo cual le causaba un gran aumento de

trabajo. Luisa no aceptó estas disculpas; trató de adivinar lo que la ocultaba; no pudo conseguirlo, y se puso á su vez tan triste como su marido.

En estas disposiciones de ánimo, la velada del señor X... debia serle penosa y le manifestó su deseo de no asistir á ella. Pero Jorge salió inmediatamente de su mutismo para decirla vivamente, que por el contrario era necesario asistir á esta fiesta; que la ausencia de los dos seria notada y podria causarle con su principal un gran perjuicio. No insistió, pues, y siguió á su marido segun se lo exigia.

Esta velada, en donde ella pensaba verle distraerse, alejar por un instante sus sombríos pensamientos y demostrar ante los extraños la satisfaccion que no sentia en su interior, la afirmó más en sus temores y aumentó sus inquietudes; decididamente Jorge, estaba profundamente apesadumbrado para en público desempeñar tan triste papel y ser tan poco dueño de si. Le observaba sin cesar; lo que más la inquietaba eran los esfuerzos inútiles que le veia hacer para ocultar sus preocupaciones. Algunos momentos levantaba bruscamente la cabeza, miraba ante él y trataba de tomar un aspecto más jovial, sonriendo á la reunion; pero un segundo despues desaparecia este relámpago, se veia nublarse su frente, crispase sus lábios, extinguirse su mirada y bajaba de nuevo la cabeza. Sola con él, despues de la partida de Alicia, trémula é inquieta, quiso interro-

garle de nuevo en voz baja. Pero él hizo un gesto de impaciencia, y como ella insistiese, se levantó bruscamente y fué á reunirse con uno de sus amigos que acababa de llegar. En el momento en que la señora Leroy, iba á levantarse á su vez, se dirigió á ella Markett el americano, ante el cual, la baronesa de L... acababa de hacer su elogio.

Markett, era un antiguo conocido de Luisa. Se encontraba en París hacia ocho dias solamente; pero el año precedente, habia tenido el honor de serle presentado y de ser recibido muchas veces por ella. Por lo demás, la señora Leroy, no hacia mas que pagar una deuda contraida por su marido: antes de su matrimonio, Jorge se habia dirigido á Nueva-York para algunos asuntos, y habia hallado en Markett una excelente acogida. Insensiblemente, los dos viajeros trasatlánticos hicieron amistad, entablaron una correspondencia continua, se encargaron recíprocamente de sus negocios sobre ambos continentes, y tuvieron el uno para el otro un sincero aprecio. El americano, de la misma edad poco más ó ménos que Jorge, era alto, rubio, colorado, simpático y hablaba el francés con bastante correccion, cuando se decidia á conversar, puesto que generalmente estaba callado, ó se detenia siempre en el momento de explicar su pensamiento, por una timidez invencible ó por el temor de no ser comprendido por las personas á las cuales se dirigia. París, que conocia la cifra

elevada de su fortuna, le hacia honores; pero él era poco pródigo, y si habia aceptado la invitacion del señor X..., no cabe duda que era por encontrarse un instante con la familia Leroy, á la cual estaba seguro de hallar en la casa del agente de cambio.

A pesar de sus inquietudes, Luisa creyó prudente no alejarse de Markett que acababa de tomar asiento á su lado. Tenia tanto más motivo para no desagradarle, cuanto que desde la llegada del Neu-Yorkais á París, llegada que coincidia con el cambio de actitud de Jorge, tenia conciencia de la frialdad con que habia recibido á su antiguo amigo; preocupada, inquieta, solo una vez habia consentido en recibirle, y en esta se habia mostrado muy reservada. Trató de reparar su falta, cuando Markett la manifestó la idea de regresar á América.

—¡Cómo! ¿Será verdad? le preguntó con interés; ¿pues no me habiais hablado de vuestro proyecto de fijaros decididamente en Francia?

—Sí, señora, respondió Markett, tuve por un instante ese pensamiento. No tengo familia allá; mis más íntimos amigos piensan igualmente habitar en Francia una parte del año, y me hubiese considerado muy dichoso pudiendo imitarlos.

—¿Y quién os lo impide? preguntó distraidamente la señora Leroy.

—No he encontrado aquí lo que hubiera deseado encontrar, lo que me hubiese retenido para siem-

pre... una afección seria, un corazón sincero, una casa verdaderamente amiga.

—¿La habéis buscado?

—Sí.

—¿Y no se os ha abierto?

—A medias todo lo más... He creído un instante, he tenido esperanza... pero me he engañado... Así me lo han hecho comprender... La mano que se había extendido hacia mí, se ha retirado y me encuentro más aislado que nunca.

—Lo siento sinceramente, mi querido amigo, dijo Luisa, siguiendo con la vista á su marido.

—¿En qué sentido me decís esto? Observó Markett sin poder contenerse.

—¿En qué sentido quereis que os lo diga? preguntó á su vez la señora Leroy, sin comprender el verdadero sentido de estas palabras.

—Es verdad, replicó el americano levantándose.

Guardó silencio por un momento, durante el cual parecía haber tomado una resolución, y dirigiéndose de nuevo á la señora Leroy, le dijo:

—¿Cuándo podré tener el honor, señora, de ir á despedirme de vos?

Jorge, que se dirigía hacia ellos, oyó esta última palabra, palideció y vaciló.

Tuvo sin embargo suficiente fuerza para adelantarse hasta Markett, y llevándolo aparte:

—¿Es cierto que partís ya? le dijo.

—Sí, querido amigo, renuncio á fijarme en Francia y á colocar en ella mi fortuna como pensaba hacerlo. Os ruego por lo tanto vendais los valores que os encargué comprar, realiceis mi capital y lo tengais á mi disposición para el fin de la semana, para el sábado próximo, por ejemplo.

—Muy bien, dijo George... Pero si alguien hubiese podido escucharle hubiera oído murmurar estas palabras: ¡estoy perdido!

IV

Algunos instantes despues, los esposos Leroy, seguidos de su hermana Alicia, abandonaban el baile y regresaban á su domicilio, situado en la calle de Roma.

Durante el trayecto, todos guardaron el mas obstinado silencio ó solo cambiaron algunas palabras triviales. Luisa, comprendia que no era este el momento para tener al fin una entrevista seria con su marido. En cuanto á Jorge, miraba fijamente á través del cristal del carruaje, sin al parecer aperebirse de la presencia de su mujer y de su cuñada. Esta última, tan disgustada á pesar de su juventud, como sus dos compañeros, los observaba alternativamente con disimulo, tratando á la vez de evitar que Luisa lo notase.

En fin, llegado que hubieron ante su casa, penetraron bien pronto en la habitacion que ocupaban en el tercer piso; pero en vez de reunirse en el salon

como acostumbraban ha hacerlo, siempre que regresaban de un baile ó de un teatro, para comunicarse sus impresiones y para cambiar algunas palabras, se separaron en el vestibulo: Alicia, para ir á su gabinete; Luisa, para ir al de sus hijas, y Jorge á su despacho.

Sólo, inconsciente de las inquietudes de su esposa, persuadido de que habia ido á acostarse y bien pronto estaria dormida, Jorge encendió dos bujias, tomó asiento ante su carpeta, y con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos reflexionó largo tiempo.

Despues se levantó, abrió una ventana á pesar del aire de la noche, y permanecié algun tiempo expuesto al frio, como si quisiera calmar su sangre, refrescar su cabeza abrasada, volver sus ideas más puras, más precisas, ver más claro en su situacion.

Por último, cerró la ventana, se dirigió hácia la carpeta con paso firme, se sentó de nuevo, tomó un pliego de cartas y se puso á escribir nerviosa, febrilmente.

Trascurrieron aun diez minutos, poco más ó menos, cuando el portier del despacho en que se hallaba Jorge, se alzó para dar paso á Luisa.

Se habia despojado de su traje de baile, y estaba cubierta con un peinador. Sus largos cabellos, sueltos con descuido, flotaban apiñados sobre el blanco

peinador. Estaba muy pálida, pero parecía decidida, resuelta á tener una explicacion con su marido, á salir en fin de las tinieblas que hacia algunos dias la rodeaban.

—Jorge, absorto en redactar su carta, no la sintió entrar; Luisa dió algunos pasos sobre la alfombra, que amortiguaba el ruido, y tocando en el hombro de su esposo:

—Jorge, le dijo.

Este dió un grito de espanto y trató de ocultar á las miradas de su esposa la carta que escribia.

Pero Luisa, derecha ante él, con voz firme y ademan resuelto, le habló:

—¿Qué es lo que pasa? decia. ¿Qué misterio pesa sobre nosotros? ¿Qué desgracia nos amenaza? Quiero saberlo todo, entiendes; lo quiero... He esperado ya demasiado hasta aquí... ¡Ah! no me contestes que no tienes nada; ya no te creeré... Te observo hace muchos dias y sé á que atenerme... Te he espiado hoy durante todo el baile... Estabas triste, abatido, febril... Tu sufres; quiero tomar parte en tu sufrimiento.

—Trató de hacer un gesto negativo, pero Luisa le detuvo.

—Es inútil; te digo que es inútil. ¿Por lo visto ya no te das cuenta de lo que haces? ¿No te has percibido de que por primera vez desde el nacimiento de nuestras hijas, no has ido á abrazarlas cuando

hemos vuelto? ¡Ay! esta razon me basta para adivinar que te sucede algo extraño, acaso terrible... Yo he ido á verlas, me he aproximado paso á paso á su lecho, las he visto dormir con el sueño de los ángeles, he oido su respiracion, y me decia á mi misma: «Él va á venir... él va á venir, como todas las noches, á apoyarse sobre mi hombro é inclinarse conmigo sobre el lecho de María, sobre la cuna de Juana...» Y tú, no has ido... te he esperado en vano... Has olvidado á tus hijas.

Jorge escuchaba en silencio, y al oirla hablar de sus niñas, una lágrima se desprendió de sus ojos.

Luisa continuó:

—Cansada de esperar, me he decidido á venir á ver lo que hacias... Tengo derecho para ello. Todas tus acciones me pertenecen, como todas las mias dependen de tí. Yo te he dado mi vida, pero la tuya tambien es mia... Llego, te encuentro sólo á las tres de la mañana, vestido aún como al volver del baile, agitado, pálido, escribiendo con mano febril... Me ves, y tu primer movimiento es ocultar esa carta... Muéstramela, quiero que me la enseñes.

—¡Es imposible! responde Jorge.

Está de pié, con los brazos caidos perpendicularmente, apoyados sobre el pupitre, y las manos sobre la carta.

—¡Imposible! dices, ¡imposible..! No sueñas... ¡Imposible! ¿Qué quieres que yo piense entonces?...

¿Dónde pueden detenerse mis temores? ¿Hasta dónde me conducirá mi pensamiento? La duda que vas á dejar en mi alma será mas terrible que la mas terrible de las realidades.

Repentinamente se defuvo como herida por una idea súbita, y lanzándose hácia Jorge, apoyando sus brazos en la carpeta y mirándole fijamente á los ojos, le dijo:

—¿Es que ya no me amas? ¿Escribias acaso á una querida?

—¡Ay! murmuró él con dulzura, con tristeza.

—No es eso, no es eso, exclamó Luisa; bien lo veo... Te defenderias de otro modo, protestarias de otro modo, no me hubieras contestado con esa dulzura, no me mirarias con esa mirada si fueses culpable... Perdon, perdon... olvida... Sufro mucho desde hace algunos dias, busco lo que puedes tener, pero nunca se me ha ocurrido esa idea; de tal modo creo en tí, tanto confio en tu amor... Pero entonces, ¿de que se trata, Jorge? Dímelo, te lo suplico. Ya ves hasta donde puede llegar una imaginacion que se extravía... Si tu supieses lo que acabo de sufrir, cuando esta idea... esta suposicion... esta injusticia me ha herido en la mente... Ten piedad de mí... déjame leer esa carta.

Su voz, firme al empezar, se habia enternecido, y gruesas lágrimas corrian de sus ojos. Bajo el peinador, su pecho oprimido se elevaba con desigualdad.

¿Se impresionó por esta desolacion, ó bien reconoció la imposibilidad de luchar con ella, de ocultarle por mas tiempo su secreto? Sus manos se separaron y dejaron al descubierto la carta. Sin tener valor para dársela, no le tuvo para impedir que la cogiera.

Entonces, se apoderó del sitio que ocupaba Jorge cuando ella llegó, se sentó en el sillón, se recostó sobre el pupitre y sin tocar á la carta, con los codos apoyados en la mesa á los dos extremos del papel, la cabeza cogida entre sus dos manos, pálida, nerviosa, con la mirada llena de avidez, leyó:

—«Mr. Markett.

« Cuando llegásteis hace ocho dias, á París, » en memoria de nuestras buenas relaciones y » sabedor de que era el principal empleado de Mon- » sieur X..., me entregásteis una suma de cien mil » francos, destinada á compraros papel de la renta » francesa... Esta suma, no consta anotada en nuestros » libros, no la he entregado en nuestra caja... Sin em- » bargo, tampoco está en mis manos y no puedo por lo » tanto devolvérosla... Héme aquí deshonorado á vues- » tros ojos, deshonorado á los ojos de todos... No puedo » soportar este pensamiento... Cuando recibais esta » carta, habré pagado mi deuda de la única manera » que me es posible... Estaré muerto...»

No acabó la lectura, y se levantó de un salto. Luego, olvidando el contenido de la carta, el horro-

roso descubrimiento que había hecho, la terrible verdad que acababa de saber, no viendo más que una cosa, y es, que su marido quería matarse, se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Morir, morir tú!

Pero dicho esto, despues de dar expansion á la ternura de la esposa, y á la desesperacion de la amante, pensó en las líneas que había leído; las vió escritas con letras de fuego, allí, sobre aquel papel; bajó sus ojos, y separándose de Jorge, con acento nervioso, febril, le dijo:

—Veamos, ¿qué significa esta carta?... ¡Lo que has escrito ahí es falso!.. ¿Esos cien mil francos que te han sido confiados, no los has entregado, no los tienes ya? ¡Eso es imposible!

—Ya no los tengo, dijo Jorge abatido.

—¿Y qué has hecho de ellos?

—Y qué importa, puesto que están perdidos, perdidos sin remedio.

—¡Tú! ¡tú! ¡el honor, la probidad misma!.. Nó, yo no puedo creerte... Tú mientes, te digo que mientes.

—No se dicen mentiras de este género, contestó tristemente Jorge.

—Es cierto, replicó Luisa.

—Luego se detuvo un momento, se cogió la frente entre ambas manos como si no quisiera dejar que se escaparan sus ideas, y mirando á Jorge, le dijo:

—¿Entonces, habrás jugado?

—Él, bajó la cabeza y no respondió.

—Luisa continuó sin mirar esta vez á su marido y como hablándose á sí misma.

—Sí, tú has jugado... Sólo el juego puede engullir tan pronto semejante suma.

Luego, alzando la cabeza, separando los cabellos que caían en desorden cubriéndole el rostro, exaltada, irónica, exclamó:

—¡El juego!... Sí, el juego... ¡Ay! ¡Ay! ¡es una fatalidad de familia!... ¡Despues del padre, el esposo... Despues la miseria, la deshonra! y miró de nuevo á Jorge.

¿Ha sido el juego, no es cierto? le dijo vivamente y con autoridad.

—Sí, respondió él con voz sombría.

—Pero, ¿por qué, cómo? le preguntó... ¡Ah! ya adivino, ya comprendo... una especulacion de Bolsa... que tu creias segura; una ocasion de fortuna que has creído hallar... Te habrás dicho: «En algunos dias, en veinticuatro horas acaso, seré rico y nadie sabrá que esta suma, con la cual habré ganado esa fortuna, que esta suma no me pertenecía, que era un depósito confiado á mi honradez...» ¡Desgraciado! ¡Desgraciado!

Como Jorge continuaba en silencio, prosiguió:

—Pero, ¿por qué ese delirio, esa sed de fortuna?... ¿Qué nos faltaba? ¿Te he pedido yo acaso lujo, pla-

ceres, opulencia?... Iba más orgullosa cogida de tu brazo, con nuestras dos hijas, que las que van con magníficos carruajes, con lujosos trajes...

Repentinamente la hirió un pensamiento terrible.

—¡Oh! ¡Mis hijas, mis hijas! exclamó prorrumpiendo en sollozos. ¡Mis hijas, el lujo mio, mi única riqueza!... Vedlas deshonradas; áun antes de saber lo que es el deshonor.

Esta voz, esta desesperacion, produjeron en Jorge una viva impresion. Dió un paso hácia Luisa. Se hubiera creído que iba á defenderse, á protestar contra sus acusaciones, á pedir un poco de indulgencia, un poco de misericordia. Pero se detuvo; vió sin duda que su justificacion era imposible y aceptó todas las consecuencias de la situacion en que se habia colocado.

Al cabo de un instante, más dueña de sí misma, con voz más tranquila, tomó de nuevo la palabra.

—Veamos, le dijo; no tenemos tiempo ni para re-
criminars ni para abatirnos. La situacion es terrible; pero acaso haya aun un medio para salir de ella... Esos cien mil francos podemos encontrarlos, pedirlos... Trabajaremos, nos privaremos de todo para restituirlos. ¿Quién podrá hacernos ese servicio, quién podrá salvarnos? ¿Has dado ya los pasos necesarios?

—¡Si los he dado! exclamó Jorge; ya hace cinco

dias que lo énsayo, que busco y nada encuentro... ¡Ay! mis fuerzas están agotadas, añadió; déjame morir.

—¡Morir!... ¡Y nuestras hijas! ¿Es preciso tambien que mueran ellas? No hablo de mí... ¿qué me importa á mí morir?... pero ¡ellas! ¡ellas! Las salvará tu muerte?

Pero deteniéndose de pronto, dijo:

—Esto es imposible, esto es imposible; estoy loca, estoy soñando. No, no, eso no es verdad, no es cierto.

—¡Ay! murmuró Jorge.

—En último caso, la situacion no será tan desesperado como tu la pintas... dime todos los detalles, quiero saber... ¿Qué puede pasar?... ¿Qué es lo que temes?... ¿Te han confiado cien mil francos para entregarlos en tu caja, para comprar valores?

—Sí, y me exigirán los devuelva á fin de esta semana, dentro de tres ó cuatro dias... No puedo hacerlo... Entonces, se dirigirán á la casa, sabrán que nada he entregado. Me harán llamar, me interrogarán y nada podré responder... Hé aquí la realidad en todo su horror.

—¡Y tú te has colocado en esta situacion, tú, tú!... Aquí hay alguna cosa que tu me ocultas; hay un misterio que yo no puedo penetrar. Jorge, ten piedad de mí... ¿Esto es una prueba, no es verdad?... Quieres que te crea culpable, que de fé á tus palabras. Ha-

29761

brás querido verme negar, afirmar que eso no podía ser... Ya lo he hecho... Ya lo he hecho, recuérdalo... te he dicho que eso no era cierto... te he dicho que mentías... tu has persistido... Entonces, he examinado la situación, he buscado contigo... tenía la cabeza turbada, estaba loca... pero mi corazón protestaba siempre; él me asegura de tu inocencia... Antes de cometer una falta, un crimen, habrías pensado en nuestras hijitas.

—Se detuvo, y dejando caer su mirada sobre la carpeta, dijo toda trémula:

—Entre tanto, esta carta que escribías... Luego continuó sin mirarle, hablando consigo misma, su conducta desde hace tres días, su ansiedad, su inquietud... y el juego, el juego, que me ha perseguido siempre... ¡Ah! no sé qué pensar ya, mis fuerzas se agotan; y se dejó caer sobre una butaca, pálida, con el cabello en desorden, y los brazos pendientes.

Jorge, no tuvo valor para verla sufrir por más tiempo, adelantóse hacia ella y tratando de tomarle la mano:

—No me rechaces, no me maldigas, le dijo, si supieses...

—Ella interpretó mal el sentido de estas palabras.

Después de haber rehusado largo tiempo el creer la falta cometida, la creía ahora; de tal modo la agobiaba la evidencia de las pruebas. Creyó, pues, que Jorge trataba de disculpar su crimen, y no quiso

por respeto á ella y por respeto á él mismo; hay faltas que no pueden disculparse, errores que no pueden palidecer; no se puede más que llorarlos y espiarlos.

—¿Tengo necesidad de saber? ¿Qué disculpa puedes darme y de qué me sirven tus disculpas?... ¿Se trata acaso de mí? ¿Se trata de nosotros? Solo en nuestras hijas es en quien necesitamos pensar en este momento... ¡Ah! añadió con amargura: ¿aun cuando te disculpara la esposa, podría absolverte la madre? Maldito sea el día en que...

—Se detuvo. El portier que ella había alzado media hora antes para entrar en el despacho de Jorge, acababa de alzarse ahora también.

1372-0